

Historia de la lengua española: creación de una disciplina

Mario Pedrazuela-Fuentes¹
Universidad Rey Juan Carlos, España

Resumen

En la construcción de la filología como disciplina científica, la historia de la lengua se convirtió en la materia propicia para poner en práctica la nueva metodología. En España, los filólogos del Centro de Estudios Históricos de Madrid también basaron sus estudios en la realización de una descripción histórica y evolutiva de la lengua castellana, para lo que tuvieron que acudir al estudio de sus primeras manifestaciones. En este artículo nos proponemos contar cómo fueron los primeros avances de una disciplina que pasó del campo de la investigación, con los trabajos del Centro, al académico con la creación de la cátedra de Historia de la lengua castellana. Una fecha clave en este proceso fue la de 1914, en la que se fundó la *Revista de Filología Española*, ese año se estableció un nuevo plan de Estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid que creó la cátedra de Historia de la lengua castellana, de la que se hizo cargo Américo Castro, quien ese mismo año publicó la traducción del libro de Meyer-Lübke, *Introducción al estudio de la lingüística romance*.

¹ Para correspondencia, dirigirse a: Mario Pedrazuela Fuentes (mario.pedrazuela@urjc.es), Universidad Rey Juan Carlos, Facultad de Ciencias de la Educación y del Deporte y Estudios Interdisciplinarios, Departamento de Estudios Históricos y Sociales, Lengua Española, Literatura, Filosofía Moral y Didácticas Específicas, Camino del Molino, 5, 28942, Fuenlabrada, Madrid, ORCID iD: 0000-0002-1002-5186.

Palabras clave: Historia de la Lengua Española; comparatismo; darwinismo; positivismo; Centro de Estudios Históricos; Revista de Filología Española; Américo Castro; Wilhelm Meyer-Lübke; Ramón Menéndez Pidal.

HISTORY OF THE SPANISH LANGUAGE: CREATION OF A DISCIPLINE

Abstract

In the construction of philology as a scientific discipline, the history of language became the appropriate subject for putting the new methodology into practice. In Spain, the philologists of the Centro de Estudios Históricos de Madrid also based their studies on the establishment of a historical and evolutionary description of the Castilian language, for which they had to turn to the study of its first manifestations. In this article we propose to tell how the first advances were made in a discipline that moved from the field of research, with the work of the Center, to the academic field with the creation of the Chair of History of the Castilian language. A key date in this process was 1914, when the Revista de Filología Española was founded. That year a new plan of studies was established in the Faculty of Philosophy and Letters of the Universidad Central de Madrid (Spain), which created the chair of History of the language, which was taken over by Américo Castro, who that same year published the translation of Meyer-Lübke's book, *Introducción al estudio de la lingüística romance*.

Keywords: History of the Spanish language; comparativism; darwinism; positivism; Centro de Estudios Históricos; Revista de Filología Española; Américo Castro; Wilhelm Meyer-Lübke; Universidad, Ramón Menéndez Pidal.

Recibido: 01/02/23

Aceptado: 28/01/24.

1. INTRODUCCIÓN

En el prólogo de la *Historia de la lengua española*, editada por su nieto Diego Catalán, Ramón Menéndez Pidal afirmaba:

Cada idioma es el resultado de una tradición que se pierde en la lejanía inmemorial de los orígenes mismos de los pueblos. En sus palabras se registran, como en grandes anales jeroglíficos que la filología habrá de

descifrar, las vicisitudes de la nación, sus comienzos y desarrollo, con intimidades de su vida que no constan en ninguna otra fuente histórica (Menéndez Pidal 2005: 15).

En estas líneas, don Ramón recogía algunos de los valores que a lo largo del siglo XIX, e incluso antes, se otorgaban a la lengua y que venían a asentar la importancia de la historia de la lengua dentro de los estudios lingüísticos: por un lado, el de una realidad humana que dejaba de ser abstracta para convertirse en algo determinado con un comienzo y un desarrollo, y, por tanto, de una historia; por otro, cómo el estudio en profundidad de la lengua permitía un mejor conocimiento de los pueblos al señalar facetas de las identidades nacionales que la historia no lograba conocer, y, por último, la importancia de la filología como encargada de discernir cada uno de estos aspectos de la lengua mediante una metodología científica.

En un momento en el que el nacionalismo romántico triunfaba, todas las naciones se pusieron manos a la obra para buscar el origen y evolución de sus lenguas; en sus raíces pretendían encontrar su esencia, aquella que les hacía diferentes a los demás y en la que hallar la identidad de pueblo. A partir de este momento, la lengua se convirtió en la gran aliada de los intereses de muchos de los países, que en aquellos años finales del XVIII y principios del XIX, estaban definiéndose tanto en lo geográfico como en lo espiritual. Desde los gobiernos se lanzó una política de apoyo al estudio de la lengua, a su difusión entre los habitantes, con el objetivo de otorgarles una importancia más allá del académico, que había estado dominado por el latín y el griego. De ahí que en el siglo XIX se publicaran tantos diccionarios, ortografías, gramáticas, etc., y se fomentara la creación de disciplinas académicas que promovieran el conocimiento de los distintos niveles de la lengua (Anderson 1991: 16).

Uno de esos niveles era el histórico, conocer la vida de una lengua. Lo primero que había que descubrir era de dónde provenía y cómo había evolucionado. Pero se desconocía el método para hacerlo. La filología no era una ciencia que, al igual que la botánica o la física —que eran las punteras del momento—, tuviera una metodología de trabajo perfilada. Apenas existían especialistas en su estudio como los había en el de otras ramas. Hasta entonces habían sido filósofos, historiadores o clérigos los que se habían acercado a entender las lenguas; personas todas ellas no especializadas. Por ello, la investigación lingüística acudió a aquellas ciencias del mundo natural que estaban ya asentadas para tomar de ellas una metodología con la que poder abordar un conocimiento lo más solvente posible de las diferentes lenguas. Fue en ese momento cuando nació lo que hoy conocemos como filología moderna, cuando se puso en práctica las formas de trabajo de otras

ciencias para descubrir el origen de la lengua, su evolución, los cambios que sufría a lo largo del tiempo, así como las relaciones que existían entre ellas, lo que facilitaba remontarse a la más antigua. De esta manera fue como, a lo largo del siglo XIX, la historia de la lengua se convirtió en el estandarte de los estudios lingüísticos.

Uno de los armazones con los que la nueva ciencia iba construyendo su estructura científica era el comparativismo, que permitía, gracias a la observación, comprobar las relaciones entre distintas lenguas a partir de unos hechos lingüísticos concretos, para después establecer una serie de rasgos o propiedades que unía a unas con otras, creando de esta manera relaciones entre ellas. Esto facilitó establecer diferentes ramas o familias de lenguas a partir de aquellas propiedades comunes. A la hora de estudiar una lengua, se sabía que compartía una serie de cualidades con otras y que por tanto pertenecía a una u otra rama lingüística, lo que posibilitó conocer el origen de muchas de ellas, además de sus antecedentes (Robins 2000, Cerny 2005).

Gracias a este hecho se pudo establecer de una forma sintética y organizada el campo de investigación. Ese fue uno de sus grandes logros científicos: limitar el objeto de estudio. La lengua, por su carácter inherente al ser humano, era demasiado amplia, pues en ella estaban implicadas distintos valores: religiosos, históricos, sociales, filosóficos, etc., pero se obviaban los puramente lingüísticos. De ahí que aislarla de todos ellos y convertir a la propia lengua en su objeto de estudio fue el gran avance que se produjo en la investigación lingüística (Foucault 1968: 289).

El método comparativo ya se había usado para el estudio de las lenguas; tal vez el primero en hacerlo fue el jesuita español Lorenzo Hervás y Panduro, que entre 1800 y 1805 publicó los seis tomos del *Catálogo de las lenguas*, aunque la elevación de este método a los altares científicos llegó con el zoólogo George Cuvier y sus *Leçons d'anatomie comparée*, que publicó, también en cinco tomos, al mismo tiempo que lo hacía Panduro. Rápidamente los filólogos aplicaron esta metodología al estudio de diversos aspectos lingüísticos. Franz Bopp lo hizo a la gramática en su obra *Gramática comparada de las lenguas indoeuropeas*, y Rasmus Rask en su *Ensayo sobre el origen de las antiguas lenguas escandinavas o islandesas*. Gracias a estos trabajos se pudieron organizar las lenguas indoeuropeas, principalmente las familias romances y germanas.

La organización lingüística en diferentes ramas permitió también descubrir las relaciones identitarias de las distintas naciones. Aquellas lenguas que pertenecían a una misma familia compartían un pasado común al generarse en territorios que habían sido poblados por unos mismos hablantes dando lugar a un tronco lingüístico común, pero debido a las circunstancias históricas peculiares de cada uno de los pueblos, ese tronco

fue evolucionando y ramificando en función de las vicisitudes históricas de cada territorio. De tal manera que, gracias al conocimiento de la evolución de sus lenguas, se explicaba lo que aquellas naciones tenían de semejante, pero también lo que las diferenciaba.

El paso siguiente en el estudio histórico de la lengua fueron los avances hechos por el darwinismo en el conocimiento del origen y evolución de las especies. En sus descubrimientos, Darwin reconoció que se había inspirado en los avances del comparativismo lingüístico. Al tiempo que Darwin publica *El origen de las especies*, en 1859, Scheleicher trabajaba en un sistema de clasificación de las lenguas que las organizaba según las relaciones que hubiera entre ellas, organizándolas en un árbol genealógico. Al igual que los seres vivos, las lenguas nacen, se desarrollan llegando a un momento de plenitud, y después entran en un periodo de decadencia hasta desaparecer. Esto supuso otro gran avance al considerarlas seres vivos, con un comienzo, una evolución y un final, y como tales disponían de una historia cronológica que había que conocer para descubrir cómo habían sido sus cambios a lo largo del tiempo. La consideración que hacía el darwinismo lingüístico de la lengua como ser vivo, la otorgaba cierta emancipación del hombre, al no influir él de forma directa en su formación y desarrollo.

De esta manera, se sumaba al método comparativo historicista el evolutivo, que permitía estudiar cómo habían sido las mutaciones de una lengua, los cambios lingüísticos que había sufrido a lo largo de su vida en función de la relación que hubiera tenido con otras. Pero para conocer la transformación que una lengua sufría con el paso del tiempo, era necesario conocer sus manifestaciones, desde las primeras, e ir estudiándolas a lo largo del tiempo. La aparición del positivismo proporcionó una metodología muy fructífera para la lingüística, pues a partir de ese momento, los filólogos se dedicaron a buscar en archivos de iglesias, de ayuntamientos, en documentos diplomáticos y en las primeras obras literarias, las manifestaciones lingüísticas con las que poder crear un corpus que permitiera conocer cómo, con el paso del tiempo, la lengua había ido evolucionando. Con el acopio de todo ese material se podía llegar a conocer las razones de esa evolución, hasta el punto de establecer unas leyes o normas que definieran la causa de esos cambios, como harían los neogramáticos.

Hasta entonces los estudios lingüísticos habían sido de carácter especulativo, no existía un método de trabajo, ni una técnica de cómo estudiar una lengua, sino que se había servido de la mera especulación. A partir de la implantación del comparativismo histórico, el evolucionismo y el positivismo el estudio de la lengua había creado una estructura científica sólida con la que poder conocer en profundidad las diferentes lenguas, su nacimiento, su evolución, las razones por las que se producían cambios y

las relaciones que existían entre ellas. Por esta razón, descubrir la historia de una lengua se había convertido en la función esencial del lingüista, elevando a esta disciplina a la esencia de sus estudios².

2. EN ESPAÑA, EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

En España este modelo de trabajo llegó con Ramón Menéndez Pidal y los filólogos del Centro de Estudios Históricos (CEH); a partir de entonces podemos decir que se empieza a hacer una filología metodológica, que produjo grandes avances en el conocimiento del castellano y sentó las bases de lo que sería la moderna filología hispánica. El Centro de Estudios Históricos se fundó en Madrid en marzo de 1910 como una institución dependiente de la Junta para Ampliación de Estudios (JAE) que era un organismo creado por el gobierno español en 1907 para reorganizar el mundo científico. Este Centro era una institución dedicada al estudio de los “estudios históricos” (como se conocían entonces) en los que se incluía la filología, la historia, la filosofía, el arte, la historia del derecho, etc. Cada una de estas ramas del conocimiento se estudiaban en una sección distinta dentro del Centro de Estudios Históricos que dirigía una persona con cierta reputación en el tema. Una de las más importantes fue la sección de filología que dirigió Ramón Menéndez Pidal -que también presidía este Centro-, y en la que trabajaron filólogos como Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Amado Alonso, Federico de Onís, Dámaso Alonso, Pedro Salinas, Rafael Lapesa, entre otros. La guerra civil española de 1936-1939 puso fin al del Centro de Estudios Históricos y a la Junta para Ampliación de Estudios, pues muchos de los que trabajaban en ellos murieron en la contienda o tuvieron que exiliarse al instalarse en el país el régimen dictatorial del general Franco.

Mucho antes, a principios del siglo XVII, en concreto en 1606, Bernardo de Alderete publicó en Roma *Del origen y principio de la lengua castellana o romance que oi se usa en España*. Esta obra es de gran relevancia de manera que se la puede considerar pionera de la filología románica, pues en ella afirma que el castellano es una lengua que procede del latín que se vio corrompida por la influencia de las lenguas germánicas. Un siglo después,

² Entre otros, para conocer la evolución científica de los estudios lingüísticos, puede verse Pedrazuela Fuentes (2021).

en el XVIII, Gregorio Mayans y Siscar escribió en 1737 *Orígenes de la lengua española*, en el que ahondaba en la misma idea del origen latino del castellano. Pero fue a lo largo del siglo XIX, al calor de las nuevas corrientes lingüísticas que estaban surgiendo en Europa, cuando las teorías sobre el origen del castellano se multiplicaron habiéndolas de todo tipo. Hasta el punto de que, en una sesión de la Real Academia Española, Pedro Felipe Monlau tuvo que afirmar enfadado ante sus colegas que «del latín, solo del latín (esta es mi tesis) nació el castellano», pues eran muchos los que ponían en duda que la nuestra fuera una lengua romance, y proponía que, debido a la gran influencia que tenía el castellano de lenguas semíticas, principalmente del árabe, su origen debía encontrarse en esas lenguas. Lo justificaban a partir del largo tiempo que estos pueblos habitaron la península, y esto les permitía afirmar que, como el púnico estaba estrechamente emparentado con el hebreo, convertía al castellano en una lengua que provenía de la de Dios, lo que significaba considerar al pueblo español en uno de los elegidos por el dios cristiano.

En las últimas décadas del siglo XIX, Menéndez Pidal, siguiendo los avances que en otros países vecinos se estaban haciendo en el estudio de las lenguas románicas, comenzó un trabajo de recopilación de documentos de las primeras manifestaciones de la lengua con obras como *La leyenda de los infantes de Lara*, *las Crónicas generales de España* y su edición del *Cid* con la que ganó el premio de la Academia de 1893 (aunque la obra no se publicó hasta 1909). Poco tiempo después, en 1904, publicó uno de sus libros más relevantes: *Manual elemental de la gramática histórica española*. Partiendo de los postulados neogramáticos, Pidal trazaba una historia de la lengua española, su formación y su evolución. La obra era novedosa al ser la primera vez que se publicaba un libro de carácter científico dedicado al estudio de la historia del castellano. Hasta esa fecha, apenas se había publicado nada en España dedicado al estudio de la lengua que tuviera cierto valor científico. Se pueden destacar la *Gramática comparada de las lenguas castellana y latina*, de 1889, publicada por Francisco Commelerán, catedrático de Latín y Castellano en el Instituto Cardenal Cisneros de Madrid, el *Estudio elemental de gramática histórica de la lengua castellana*, del orientalista José Alemany en 1902³ y la *Gramática de castellano antiguo*, de Pedro Mugica, profesor en Berlín y amigo de Miguel de Unamuno, publicada en 1891.

Pero tal vez la mayor aportación de Pidal al estudio de la lengua española fue la creación, en 1910, del Centro de Estudios Históricos, en cuya sección

³ Un estudio de esas obras se puede ver Ángel Alonso-Cortés (2006).

de filología se rodeó de un grupo de profesionales con los que puso en marcha proyectos de envergadura para el estudio científico de la lengua y la literatura españolas. En 1910 comenzaron los trabajos del Centro y una de las secciones que lo formaba era la de Orígenes de la lengua castellana dirigida por Ramón Menéndez Pidal, que poco tiempo después pasó a llamarse de Filología. Pocos años antes, en 1896, Pidal había ofrecido, en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo de Madrid, un curso titulado con el mismo nombre «Orígenes de la lengua castellana», en el que definía los pilares en los que iba a fundamentar las líneas de investigación que realizaría a lo largo de su vida, y que también serían las que servirían para estructurar, en un primer momento, la sección de Filología del Centro de Estudios Históricos. Estas líneas eran: Formación y origen de las lenguas románicas en concreto del castellano; Estudio de textos literarios: *El poema de mio Cid*, *Misterio de los Reyes Magos* y *La disputa entre el alma y el cuerpo*, y la División geográfica de las diversas lenguas de la Península. Vemos, por tanto, cómo la fundación de la filología moderna española se basaba en el estudio del origen y formación del castellano y de las variantes lingüísticas de las distintas lenguas de la península, que se realizaba a partir del análisis de los textos clásicos medievales de nuestra literatura. Esa fue la tarea primordial a la que se dedicaron los filólogos del Centro de Estudios Históricos.

Uno de los primeros cometidos que se impusieron fue la realización de unos «estudios filológicos de los primeros monumentos de la lengua en los diversos dialectos leonés, castellano y aragonés para la publicación de una Crestomatía del español antiguo», según se recogía en las *Memorias* de la Junta para Ampliación de Estudios. Para llevarlo a cabo era necesario un acopio importante de documentos escritos del español antiguo, en lo que llamaron *Colección de documentos lingüísticos de los siglos XI a XV*. Su búsqueda la realizaron principalmente en archivos, sobre todo en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, donde trataban de reunir muestras suficientes de diplomas redactados en todas las regiones de España. En algunos casos, debido a la importancia que habían tenido esas regiones en la formación del castellano, como los casos de Burgos, La Rioja o Huesca, fue necesario desplazarse hasta allí para estudiar en sus archivos documentos que pudieran ofrecer datos sobre esa formación⁴.

⁴ Son muchos los estudios realizados acerca de la obra de los filólogos del Centro de Estudios Históricos, entre tantos destacamos Diego Catalán (1974), José Portolés (1988), José María López Sánchez (2006) y Mario Pedrazuela Fuentes (2015).

Los documentos notariales y diplomas se convirtieron en la fuente principal para el estudio de la lengua a nivel diacrónico y también fonético, según reconocía Menéndez Pidal:

Los documentos notariales tienen una importancia especial para el estudio de las variaciones del lenguaje en el espacio y en el tiempo, a causa de expresarse comúnmente en el texto de los mismos el año en que fueron otorgados y por contener indicaciones más o menos concretas acerca del lugar en que se escribieron (Menéndez Pidal 1919: 1).

Don Ramón reconocía la importancia que tenían estos documentos porque ofrecían una fecha muy exacta de cuando habían sido escritos, lo que facilitaba comprobar su evolución histórica, y además daban datos precisos del lugar en el que se escribieron, lo que posibilitaba al filólogo estudiar las diferentes variantes dependiendo de las zonas y trazar distintas áreas en función de cómo hubiera ido evolucionando⁵.

Otra fuente fundamental, aunque tal vez su datación fuera más problemática, eran los textos literarios, que buscaban principalmente en bibliotecas, siendo la Nacional de Madrid o la de El Escorial las fundamentales. Sin embargo, en ocasiones era necesario viajar a otras provincias o incluso al extranjero para hallar esas primeras manifestaciones literarias. Durante estancias fuera de Madrid, los filólogos aprovechaban para realizar una investigación sincrónica de la lengua, con pequeñas encuestas con las que estudiaban su estado en determinadas zonas.

A la hora de afrontar estas investigaciones partían de una estructura metodológica que estaba fundamentada en tres pilares: 1) los seminarios de preparación 2) los viajes filológicos y 3) el uso de las nuevas tecnologías.

En los primeros meses de funcionamiento de la sección, los seminarios resultaron fundamentales para formar a los jóvenes filólogos en las tareas que se iban a realizar. Eran impartidos por Menéndez Pidal, y los primeros colaboradores que asistieron fueron Tomás Navarro Tomás, Américo Castro y Federico de Onís. En estos seminarios los jóvenes filólogos debatían sobre un tema concreto guiados por el magisterio del profesor que participaba en ellos casi al mismo nivel que sus alumnos. Estaban presididos por un ambiente de colaboración afectuosa e igualitaria entre el maestro y los estudiantes, y basados en la discusión que surgía a partir de la lectura de un libro. Inspirados

⁵ Véase Andrzej Zielinski (2020).

en el modelo de Ranke,⁶ tenía la misión de crear especialistas en determinados temas; de ahí su profundidad y su altura científica.

En ellos estudiaban aquello que después iban a salir a comprobar en los viajes filológicos, como ellos les llamaban. En estos viajes, los filólogos recorrían determinados lugares de la península, casi siempre la zona centro, principalmente de las provincias de Castilla, desde León a Salamanca por el oeste, y en la zona oriental, Burgos, La Rioja llegando hasta Huesca. Además de hacer acopio de documentos, realizaban encuestas entre los habitantes, como ya se ha indicado. En los dos primeros años de funcionamiento del Centro, recopilaron gran cantidad de documentación, llegándose a recoger unos 700 diplomas de interés lingüístico que fueron copiados según “las exigencias filológicas”. En sus investigaciones se sorprendían por encontrar gran cantidad de documentos de los siglos XI y XII y de las primeras décadas del XIII. Entre ellos destacaban varios documentos en letra visigoda del siglo XI, procedentes de León, Oña y Huesca, entre los que destacaba una nueva versión del *Tratado de Cabrerros* entre Alfonso VIII y Alfonso IX, firmado en 1206, hallado en el Archivo de la Corona de Aragón. A estos habría que añadir los textos literarios sobre los que estaban trabajando, en concreto el *Auto de los Reyes Magos*, las *Glosas Silenses*, el Arcipreste de Hita, el *Rimado de Palacio*, los discursos políticos del rey Martín I de Aragón y las obras de Juan de la Encina.

Las excursiones se iniciaron al poco tiempo de que el Centro se pusiera en funcionamiento. Una de las primeras fue la que realizaron Menéndez Pidal, Navarro Tomás, Américo Castro, Federico de Onís y Martínez Burgos por tierras de Asturias, León, Zamora y Salamanca, que les permitió hacer delimitaciones fonéticas de gran interés, y preparar un mapa lingüístico del reino leonés. El fruto de estos viajes fueron los *Fueros leoneses de Zamora, Salamanca, Ledesma y Alba de Tormes*, publicado en 1916 por Américo Castro y Federico de Onís, y los *Documentos lingüísticos de España: Reino de Castilla*, que Pidal editó en 1919. Otro de los viajes de esos primeros años, fue el de Navarro Tomás por La Rioja, la tierra de Berceo, donde visitó los archivos de Calahorra, La Calzada, Logroño, Alfaro, San Millán de la Cogolla y Armentia. Con anterioridad, en 1907, el propio Navarro, con una de las primeras becas de la JAE, hizo una excursión dialectal por la zona del alto aragonés. Tiempo después, en 1957, publicó *Documentos lingüísticos del Alto Aragón*. A veces los viajes se hacían también fuera de España, gracias a las becas de la JAE, como la que consiguió Antonio García

⁶ Sobre este modelo de enseñanza, véase Leoncio López-Ocón Cabrera (2015).

Solalinde para visitar archivos y bibliotecas de Evora, Munich y Roma y estudiar manuscritos españoles, prestando especial atención a los referidos a la *General Estoria* de Alfonso X; o los de José Fernández Montesinos por Alemania para sus investigaciones sobre los hermanos Valdés.

Pero en esta sección del Centro, además de contar con el trabajo de los colaboradores que estaban en Madrid y que participaban en los seminarios y excursiones, había otros a los que se llamaba colaboradores externos, que también realizaban trabajos filológicos. Eran estudiosos que investigaban sobre alguna obra medieval, cuya edición luego fue publicada en la mayoría de los casos por el Centro de Estudios Históricos. Cabe destacar a Mariano Arigita, que estudió el *Cartulario del Rey Felipe II de Francia*; Eduardo Jusué hizo lo mismo con el *Cartulario de la Abadía de Santillana de Mar*; Paula Blanchard realizó una edición de las *Guerras civiles de Granada*, de Pérez de Hita, y Antonio de la Torre, el *Memorial de la Vida de Fray Francisco Jiménez de Cisneros*, de Juan de Vallejo; por su parte, Juan Paz publicó varios catálogos del archivo de Simancas.

La copia de los documentos era lenta y peligrosa pues era fácil que alguna errata se escapara a la hora de transcribir el texto. Para agilizar el trabajo y realizarlo de una forma más conveniente, los filólogos del Centro hicieron uso de las últimas tecnologías que tenían a su disposición. Era algo habitual en sus investigaciones en las bibliotecas ir acompañado de una cámara fotográfica que por aquellas primeras décadas del siglo XX no era un aparato muy común, aunque sí empezaba a generalizarse. Su uso les resultaba fundamental para hacerse un acopio de imágenes de libros o manuscritos que después podían estudiar con detenimiento en Madrid. Sin su ayuda tendrían que haber gastado mucho tiempo en la copia de los documentos, que era lo que se seguía haciendo cuando no se disponía de ella. La tecnología se asumió en los trabajos filológicos del Centro como un apoyo más para mejorar las investigaciones y descubrir nuevas facetas de la lengua. En este sentido, hemos de recordar el famoso viaje que Tomás Navarro Tomás realizó en 1912 por los laboratorios fonéticos de distintas universidades y centros de investigación europeos. Ese viaje permitió al Centro crear un laboratorio de fonética en el que disponían de los aparatos más modernos de la época como el fonógrafo, quimógrafo, palatógrafo, gramófono, que permitieron realizar importantes trabajos en la dialectología experimental y geográfica, cuyo máximo exponente fue el ALPI.

Una peculiaridad de los estudios sobre la historia de la lengua en el Centro de Estudios Históricos era la relación estrecha que tenía con la literatura. Como se sabe, Menéndez Pidal otorgó mucha importancia a los textos literarios para establecer su historia de la lengua, de ahí que se crearan distintas líneas de trabajo encaminadas a la recuperación de obras literarias,

como fueron las de “Teatro Antiguo Español”, “Textos literarios de la Edad Media” y “Estudios de Historia Literaria”.

3. 1914 UNA FECHA RELEVANTE EN LA FILOLOGÍA ESPAÑOLA

Una fecha destacada para la sección de Filología del Centro de Estudios Históricos y para los estudios de historia de la lengua en España es la de 1914. Ese fatídico año en el que estalló la Primera Guerra Mundial se produjo una serie de hechos dentro de la sección y también en la Facultad de Filosofía y Letras que supusieron un gran impulso para el asentamiento de los estudios filológicos en general y de los de historia de la lengua en particular. Vamos a destacar cuatro acontecimientos: 1) fundación de la *Revista de Filología Española*, 2) creación en el CEH de dos nuevas líneas de trabajo: Glosario y Bibliografía, 3) Traducción de Américo Castro de *Introducción a la lingüística románica* de Meyer-Lübke, y 4) creación en la Universidad de Madrid de una cátedra de Historia de la lengua castellana.

1) En 1914 se fundó en la sección de Filología del Centro de Estudios Históricos la *Revista de Filología Española*, bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal. La revista se convirtió en portavoz de los trabajos filológicos que realizaban en el Centro, y les sirvió para ponerles en contacto con filólogos de todo el mundo, al tiempo que les abrió la posibilidad del intercambio de publicaciones con otros centros de investigación y universidades de diferentes países. En el primer número se otorgó más importancia a los contenidos literarios que a los lingüísticos. Se abrió con dos artículos largos, uno de Miguel Asín Palacios titulado «El original árabe de la “Disputa del Asno contra Fr. Anselmo Turmeda”» y otro de Ramón Menéndez Pidal sobre el poema Elena y María; sin embargo, en las reseñas sí se abordaban obras relacionadas con la historia de lengua. Américo Castro se ocupaba de la *Gramática histórica de la lengua española* de Federico Hanssen, Antonio García Solalinde de *Ovid and the Renaissance in Spain* de Rudolph Schevill, y, por último, Navarro Tomás reseñaba la edición

preparada por su compañero García Solalinde de *El Sacrificio de la Misa de Berceo*⁷.

Ese mismo año se funda otra revista fundamental para la filología española como es el *Boletín de la Real Academia Española*.

2) Una de las consecuencias que tuvieron las investigaciones que se llevaban a cabo en la sección de filología del CEH fue la creación de dos nuevas líneas de trabajo, una a la que se llamó Glosario y otra Bibliografía. Las dos estaban muy unidas a la de Documentos lingüísticos medievales, que era la más relevante, pues complementaban sus trabajos. La de Glosario, dirigida por Américo Castro, recogía materiales para crear un diccionario de la lengua castellana hasta finales del siglo XV. Se trataría de un diccionario que compilara el léxico medieval. Los filólogos del Centro pensaban que sería un trabajo que les iba a llevar varios años, aunque entendían que se trataba de una tarea que se podía abordar porque consideraban que la cantidad de textos que constituyen la literatura medieval era mucho más reducida que la de la clásica. Se tomaba como inspiración el diccionario del francés antiguo de Godefroy y Tobler. Con esta línea de trabajo, los filólogos del Centro incorporaban una nueva disciplina a su estudio de la lengua como era la lexicografía, cuya gran obra fue el *Corpus Glosariorum* en el que trabajó Gili Gaya. Por su parte, la línea de trabajo de Bibliografía se creaba con la intención de establecer una bibliografía de la lengua y la literatura española lo más completa posible, lo que supondría un instrumento valioso para los trabajos del Centro al facilitar la información bibliográfica sobre diferentes temas lingüísticos y literarios. La fundación de la *RFE* supuso un gran impulso para esta nueva línea de trabajo, pues en ella se publicaban las novedades bibliográficas.

3) En 1914, Américo Castro publicó la traducción del libro de Whilhem Meyer Lübke *Introducción al estudio de la lingüística romance*, que volvió a publicar en una segunda edición en 1926, añadiendo en ambas notas y adiciones.

4) Por último, ese año se promueve en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid la creación de una cátedra de Historia de la lengua castellana.

Nos vamos a centrar en estos dos últimos puntos, que tal vez sean los que están menos estudiados, y que se ciñen de forma más específica al interés de este artículo sobre la creación de la disciplina de Historia de la Lengua Española.

⁷ Un estudio acerca de la *Revista de Filología Española* se puede ver en José Ignacio Pérez Pascual (2015).

4. AMÉRICO CASTRO Y LA TRADUCCIÓN DE LA OBRA DE MEYER-LÜBKE

La traducción de la obra de Meyer-Lübke al español por Américo Castro fue una de las novedades más relevantes de la filología española de principios del siglo XX. A lo largo del XIX los lingüistas alemanes y de otros países centroeuropeos escribieron grandes obras en las que recogieron los avances que en la lingüística se iban produciendo. Sin embargo, las obras de Bopp, los hermanos Grimm, Scheleicher, Schuchardt, Ascoli, etc., no tuvieron traducción al español. Los interesados en estos temas tenían que acercarse a las traducciones francesas para estar al día de las novedades lingüísticas que iban sucediendo. Así lo reconocía el propio Castro en la traducción del libro de Meyer-Lübke: “Un signo de este alejamiento cultural se muestra en el poco curso que entre nosotros tienen las obras de filología; a lo sumo, conocemos una parte de la producción francesa” (Meyer-Lübke 1914: 5).

Meyer-Lübke era un alumno aventajado de Friedrich Diez. Se había formado en los postulados neogramáticos a los que había incorporado el estudio del sustrato de las lenguas prerromanas y su influencia en las románicas. Además de la *Introducción al estudio de la lingüística romance*, publicó también una *Gramática de las lenguas románicas* en cuatro tomos entre 1890 y 1902, y el *Diccionario etimológico de las lenguas románicas* (1911-1920) en trece volúmenes, al que Castro añadió un artículo publicado en la *Revista de Filología Española* en varias entregas entre 1918 y 1919 titulado “Adiciones hispánicas al diccionario etimológico de W. Meyer-Lübke”.

Américo Castro abordó la traducción de la segunda edición de la obra del filólogo suizo que salió publicada en 1909, mientras que la primera lo había hecho en 1901. Según se indicaba en la portada, la traducción fue revisada por el autor. Es muy probable que Meyer-Lübke conociera el español, pues en sus investigaciones prestó mucha atención al catalán, al que en un principio consideró un dialecto del provenzal, al igual que su maestro Diez, aunque luego rectificó, y, en 1925, pasó a tratarlo como lengua en su libro *El catalán. Su situación frente al español y al provenzal*. Castro, por su parte, era buen conocedor del francés, pues había estudiado en la Sorbona. A su regreso a España, hacia 1908, se relacionó con la Institución Libre de Enseñanza y con Giner, quien seguramente le aconsejó que estudiase alemán para estar al día de las novedades científicas que en su disciplina se iban produciendo. Años después, durante la Segunda República, fue nombrado embajador de

España en Alemania, lo que pone en evidencia el conocimiento que tenía de la lengua alemana⁸.

En la “Nota del traductor”, Castro comienza diciendo que “al traducir al español la presente obra he querido prestar un servicio a aquellas personas que sientan interés por los progresos de la filología románica” (Meyer-Lübke 1914: 5). Se lamentaba el traductor de la escasa aportación de España, a pesar de tener una lengua románica, a los avances que en el estudio de ellas se venía haciendo; pero lo más grave era que ni tan siquiera se habían traducido al español ninguna de las obras más importantes que había sobre el tema. En el primer capítulo del libro aparece una completa bibliografía de obras publicadas hasta entonces acerca de los estudios de las lenguas romances, que, como se reconocía Castro, no estaban trasladados a la lengua española:

Como se verá en la introducción bibliográfica, los libros más importantes que tratan de esta materia están escritos en lengua alemana: a ellos, pues, habrán de recurrir nuestros estudiantes y futuros filólogos si aspiran a que su labor no quede siempre al margen de la ciencia. Entre tanto creo será labor útil el poner a su alcance alguna de estas producciones ejemplares” (Meyer-Lübke 1914: 5).

En una reseña publicada en la *Revista de Archivos Bibliotecas y Museos* se hacía hincapié en el valor que tenía esta traducción “como un avance de los estudios románicos, y como la primera producción publicada en castellano que de ellos se ocupa en conjunto con método verdaderamente científico”. Se alababa el juicio del traductor al elegir esta obra para introducir en España los estudios lingüísticos y se destacaba que “el Sr. Castro, que no ignora el nivel de la cultura filológica en España, no se ha limitado a traducir, sino que ha aclarado el texto original, amplificado lo poco explícito, humanizado la sequedad de la prosa de Meyer-Lübke y añadido notas y observaciones propias, en particular sobre los idiomas y dialectos peninsulares”⁹.

En 1926, Castro llevó a cabo una nueva traducción de la obra de Meyer-Lübke, en este caso se trataba de la tercera edición. En esta ocasión, no se limitó a traducir, sino que añadió notas y comentarios, incluso hay párrafos enteros que pertenecen a don Américo, sobre todo los referidos a los arabismos, que cambió con el beneplácito del autor: “En algunos casos, habiendo oído el parecer de Meyer-Lübke, he cambiado un poco el original (por ejemplo, en el 48, que trata del elemento árabe)” (Meyer-

⁸ Sobre la traducción, véase, Francisco Marcos Marín (1987).

⁹ *Revista de Archivos Bibliotecas y Museos*, septiembre-diciembre de 1915, pp. 433-434.

Lübke 1926, 6). En esta segunda traducción se nota que el filólogo español ha perdido cierto “respeto” que tenía hacia el suizo en la edición anterior. Meyer-Lübke se caracterizaba en sus investigaciones por seguir la corriente del positivismo neogramático, que Castro, en sus primeros años, también seguía. Sin embargo, con el tiempo se va acercando a las nuevas corrientes idealistas, lideradas por Karl Vossler. En el prólogo se atrevió a reprochar a Lübke su limitación de miras respecto a las nuevas doctrinas lingüísticas:

Cierto es que el Sr. Meyer-Lübke representa una tendencia especial dentro de la lingüística, y que tal vez se muestra, para mi gusto, demasiado escéptico o silente frente a ciertas novedades de nuestra época. Desearíamos hoy que los jóvenes percibieran los caminos que llevan desde el lenguaje a otras zonas de espiritualidad, tarea, sin duda, delicada para el maestro que no quiera, por otra parte, incidir en fantasías improbables. Mas aunque no se acepten soluciones dogmáticas por el mero hecho de ser modernas, siempre será buena obra insistir sobre lo problemático o insuficiente de algunos de los puntos de vista de la ciencia del lenguaje a lo [largo] del siglo XX (Meyer-Lübke 1926: 7).

Si Castro se atrevía a llevar la contraria a Meyer-Lübke era porque su posición y la de España en relación a los estudios lingüísticos había cambiado de forma considerable respecto a 1914: “Es natural que sobre nuestra lengua comencemos a estar en España mejor preparados que hace algún tiempo, cuando el extranjero nos dominaba por la abundancia y calidad de su bibliografía” (Meyer-Lübke 1926: 7), afirmaba el filólogo granadino. En esos años, los filólogos del Centro de Estudios Históricos, liderados por Ramón Menéndez Pidal, habían hecho grandes avances en las investigaciones sobre la lengua española, convirtiéndose en una de las escuelas punteras.

Cuando Castro realizó esta segunda traducción, su situación profesional era distinta a la de doce años antes. En 1926 ya llevaba varios años ejerciendo como catedrático de Historia de la lengua castellana en la Universidad Central de Madrid y había pasado un curso, en 1923, enseñando en el Instituto de

Filología de la Universidad de Buenos Aires¹⁰. Su actividad pedagógica se percibía en esta segunda traducción, al pensar en el libro como una herramienta excelente para que los alumnos se iniciasen en el estudio de las lenguas romances, por sus buenas “condiciones pedagógicas” y porque suscitaba entre ellos la realización de trabajos científicos. Don Américo no se dirigía únicamente al estudiante español, también lo hacía al argentino, al que conocía de su estancia en aquel país: «En cuanto a las notas, he tenido presente el estado de cultura lingüística que revela el término medio de los estudiantes en Madrid y Buenos Aires; detalles sumamente elementales sobre lenguas románicas distintas del español, les son desconocidos» (Meyer-Lübke 1926: 6).

Aprovechaba don Américo esta nueva traducción –en una muestra más de su carácter reivindicativo y peleón– para acusar a un profesor portugués del liceo de Faro, Sr. Júdice, de haber realizado una traducción al portugués de la obra de Meyer-Lübke, pero a partir de suya de 1914, traduciendo por tanto las notas y correcciones de Castro, sin haber él recibido nada a cambio.

Esta segunda traducción tuvo muy buena acogida en la crítica que consideraba que estaba “por encima de la anterior”. En ella, según el crítico de la revista *España y América*, se notaba la madurez de Castro que desde 1914 se había convertido en una autoridad en la materia. También se valoraba que, en algunos aspectos, la traducción de Castro “ha mejorado el libro de Meyer-Lübke, en lo referente a la parte española”, además de en la “distribución de las materias”, en los “cuadros sintéticos y en la disposición tipográfica”, facilitando con ello su manejo y estudio. Entendía el crítico que esta nueva versión “suponía un trabajo improbable el traducir en castellano limpio, inteligible, exacto, lo que en alemán tiene la desesperante aridez de fórmulas matemáticas: algunas veces, por transcribir fielmente el concepto,

¹⁰ Un ejemplo del cambio que Américo Castro había tenido en sus ideas lingüísticas y que, en esta segunda traducción de 1926, le llevaron a mantener una relación distinta con Meyer-Lübke y su obra, nos la muestra Rafael Lapesa, alumno de Castro en las clases de Historia de la Lengua: «Don Américo era un excelente lingüista. Había superado el positivismo radical de su formación primera, y a este respecto nos contaba anécdotas como la referente a Meyer-Lübke, el gran monstruo de la filología románica, que rehusaba comentar textos italianos coetáneos o posteriores al “dolce stil novo” porque para hacerlo –decía– no bastaban los conocimientos lingüísticos, sino que hacía falta saber también algo de filosofía y literatura. Don Américo remontaba esa limitación gracias a un sentido amplio de lo que eran el lenguaje y la creación literaria, también estudiada por él apasionadamente». (Lapesa 1987, 125).

quizá resulte un poco violento el giro español, pero, con todo, merece verdadero y fervoroso encomio la labor de Américo Castro”¹¹.

5. CREACIÓN DE LA CÁTEDRA DE HISTORIA DE LA LENGUA CASTELLANA

Américo Castro utilizó este libro en sus clases de Historia de la lengua castellana que daba en la Universidad de Madrid. La cátedra la obtuvo a principios de 1915, aunque desde hacía ya un tiempo ejercía como catedrático auxiliar. Su creación se realizó dentro de una reorganización de las enseñanzas de la Facultad de Filosofía y Letras llevada a cabo por un Real Decreto de 15 de agosto de 1913¹². La llegada a la universidad española de las nuevas metodologías científicas en el estudio de la lengua se empezó a producir en 1900 gracias a la reforma de la Facultad de Filosofía y Letras que se realizó con el Real Decreto de 22 de julio propuesto por el entonces ministro de Instrucción Pública, Antonio García Alix. Con esta reforma se crearon tres secciones en la facultad: la de estudios filosóficos, literarios e históricos. El estudio de la lengua se hacía en la sección de literatura que estaba dividida en dos grupos y el doctorado. En el primero se estudiaba: Paleografía, latín vulgar y de los tiempos medios, Literatura española, Lengua griega y Lengua árabe. En el segundo: Filología comparada del latín y castellano, Lengua y Literatura griegas, Lengua hebrea, Bibliografía, y Gramática comparada de las lenguas indoeuropeas. En el doctorado las asignaturas eran Lenguas y literaturas neolatinas, Sánscrito, Gramática comparada de las lenguas semíticas, Historia y Bellas artes¹³. Llama la atención en la lista de disciplinas

¹¹ Félix García, *Reseña de Introducción a la Lingüística románica, España y América*, 1 de octubre de 1927, pp. 377-378.

¹² *Gaceta de Madrid*, núm. 231, de 19 de agosto de 1913. <https://www.boe.es/datos/pdfs/BOE//1913/231/A00436-00437.pdf>

¹³ Una de las muchas “cruzadas” de Américo Castro fue la enseñanza y en concreto la universitaria, sobre todo por el uso de programas que no se adaptaban a los avances científicos. Así recordaba Rafael Lapesa lo primero que les dijo el profesor cuando entraron en clase: “Cuando don Américo nos recibió el primer día de clase, nos dijo algo que era una verdad como un puño, pero que nos sentó a todos como un puñetazo: “Ustedes han pasado ya tres años en esta Facultad y realmente no saben sino elementos de gramática, de distintas gramáticas; podrán ustedes hablarme del ariosto griego o de los verbos cóncavos del árabe, pero no saben nada de nada” (Lapesa 1987, 125).

el uso del adjetivo *comparada*, se habla de filología comparada y gramática comparada, lo que supone que las doctrinas que desde hace años se estaban poniendo en práctica en la investigación lingüística por fin entraban a forma parte de los planes universitarios. Esto es un ejemplo más de cómo el mundo académico era algo reacio a admitir en las aulas los métodos que en el campo de la investigación llevaban tiempo poniéndose en práctica, pero también se puede entender como que es la investigación la que primero valida una metodología, que, cuando está asentada y ofrece resultados, se traslada al ámbito de la enseñanza.

Con el nuevo plan de estudio que entró en funcionamiento en el curso de 1913-14, en el segundo grupo se creó la asignatura de Historia de la lengua castellana que sustituía a la de Filología comparada del latín y el castellano, que era la que enseñaba Ramón Menéndez Pidal. Don Ramón pasó a ocupar la cátedra de Filología románica de nueva creación en los cursos de doctorado¹⁴. A partir de 1926, se cambió el nombre de la asignatura, que pasó de ser Historia de la lengua castellana a Historia de la lengua española. Tal vez este cambio estuviera en consonancia con el que se había producido en el nombre del diccionario de la Real Academia Española que, desde su 15.^a edición, la de 1925, comenzó a llamarse *Diccionario de la Lengua Española* en lugar de *Diccionario de la Lengua Castellana* como había venido llamándose desde su primera edición en 1780.

Para cubrir la plaza del catedrático encargado de la nueva asignatura de Historia de la lengua castellana se convocó un concurso de oposición¹⁵. Los ejercicios se celebraron el 19 de febrero de 1915 en el salón de Grados de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, situada entonces en la calle de San Bernardo de Madrid. Los candidatos, que tenían que ser doctores, para ser admitidos debían presentar al tribunal un trabajo de investigación sobre el tema y el programa de la asignatura. El tribunal estaba presidido por Ramón Menéndez Pidal y los vocales eran Julián Ribera, Cayo Ortega y Mayor, Antonio Rubio y Nicolás María Ojosto. Además de Américo Castro, se presentaron Juan Fernández Amador de los Ríos, Antonio Mañes,

¹⁴ Así lo establecía explícitamente el decreto: «Será catedrático titular de la asignatura de Filología románica del Doctorado de Letras, el Catedrático titular de Filología comparada del Latín Castellano, en la propia Universidad de Madrid». *Gaceta de Madrid*, núm. 231 de 19 de agosto de 1913. El Real Decreto se aprobó el 15 de agosto.

<https://www.boe.es/datos/pdfs/BOE//1913/251/A00587-00588.pdf>

¹⁵ La convocatoria de la plaza se hace en el Real Decreto aprobado el 15 de agosto de 1913, donde se decía que “la Cátedra de Historia de la Lengua castellana se proveerá en el turno de oposición libre entre Doctores a que había de corresponder la de Filología románica”.

Gerardo Benito Corredera, José María Ruano y Corbo, Francisco Navot y Tomás y Emeterio Mazarriaga Fernández Agüero. Finalmente fue Américo Castro quien ganó la plaza, siendo nombrado catedrático numerario con un sueldo de 5000 por una Real Orden de 1 de mayo de 1915¹⁶.

Sabemos cómo organizaba Castro sus clases de Historia de la lengua castellana gracias a un programa que se publicó algunos años después, en 1926. En este folleto, Castro realizaba unas observaciones preliminares en las que ponía en entredicho el funcionamiento y los resultados de la licenciatura de Letras. Estas críticas estaban en sintonía con las que había hecho en algunas publicaciones anteriores como en su libro *Lengua, enseñanza y literatura* de 1924¹⁷. Tanto en un texto como en el otro, Castro reclamaba una reforma en la licenciatura de Letras, pues se venía demostrando que los resultados que ofrecía eran bastante pobres y los alumnos salían con una formación lingüística muy escasa. Algunas de las cuestiones que Castro entendía que había que mejorar eran: la “escasa instrucción con que llegaban los estudiantes”, la aglomeración de materias heterogéneas como latín, árabe, hebreo, griego, que facilitaba que los alumnos terminasen la licenciatura sin unos conocimientos reales de ninguna de ellas; el carácter superficial de casi todas las disciplinas, que provocaba que la enseñanza de la facultad fuera “excesivamente elemental”¹⁸; por último, echaba de menos unas «pruebas razonables y serias» que sirvieran para comprobar las verdaderas aptitudes y conocimientos de los estudiantes. Terminaba el profesor granadino estas observaciones con una justificación de porqué había escrito este programa:

La diferencia esencial, después de todo, entre la enseñanza española y la del resto del mundo, es que entre nosotros es oral todo el trabajo docente. Esto da origen a que el alumno se eduque en un ambiente de imprecisión y de inseguridad intelectual. Sólo lo que se escribe, y sólo lo que se ha escrito ofrece las necesarias garantías de precisión, claridad y corrección. Comunicar esas altas cualidades debiera ser uno

¹⁶ Real Orden del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes publicada en la *Gaceta de Madrid* el 7 de mayo de 1915.

¹⁷ Américo Castro (1924).

¹⁸ Rafael Lapesa, alumno entonces de Castro, ratificaba esta idea: «A la de las aulas y mobiliario correspondía el arcaísmo de los planes de estudio. Pasados los dos preparatorios, la licenciatura de Letras constaba de dos cursos más de latín, dos de griego, uno de árabe y otro de hebreo, un segundo de literatura española y otro de historia de la lengua, aparte de disciplinas instrumentales como paleografía y bibliografía. Por lo general lo más que aprendíamos era a traducir latín y algo del griego, asomarnos al árabe gracias a las extraordinarias dotes pedagógicas de don Miguel Asín, y adquirir una somera idea del hebreo», (Lapesa 1987: 122).

de los fines preferentes de la enseñanza en esta casa de las *Humaniores Litterae* (Castro 1926)¹⁹.

Américo Castro organizaba el plan de estudios de su asignatura en cinco bloques. El primero estaba dedicado a la introducción a la lingüística española y en él se mostraba una descripción de los sonidos de la lengua y su representación gráfica, que se completaba con ejercicios de transcripción fonética. El segundo, que era el más amplio, estaba dedicado a la historia de lengua española. Se comenzaba con unas explicaciones de los orígenes latinos del español, y para ello se trabajaba con las obras de los grandes autores latinos como *Pro Archia* de Ciceron y *Cena Trimalchionis* de Petronio, que se estudiaban teniendo en cuenta la derivación románica. Después se pasaba a las primeras manifestaciones de textos españoles con la explicación de las *Glosas Emilianenses* y las *Glosas Silenses*, y a continuación se estudiaba la lengua española en obras literarias de diferentes épocas como la *Crónica General* y la *General Estoria* de Alfonso X el Sabio, los *Milagros de Nuestra Señora* de Gonzalo de Berceo, *La Celestina*, *El Quijote*, del que se trabajaban los capítulos del uno al tres de la segunda parte y, por último, *El Buscón* de Quevedo y la obra de Lope de Vega *El caballero de Olmedo*. El tercer bloque del programa estaba dedicado a la teoría gramatical del español; en él se estudiaba las vocales y su acentuación, las consonantes, la morfología y la sintaxis del nombre, pronombre, verbo y de las partes de la oración. En la cuarta parte se explicaba la lexicografía del español, con unos primeros temas dedicados a la influencia del latín, el griego y el celta, y otros a las lenguas germánicas, árabes, la francesa, italiana y portuguesa. Acababa el curso con unas lecciones dedicadas a la geografía del español en la que se estudiaban los dialectos peninsulares y también el español de fuera de España.

En 1926, cuando Castro publicó el programa de la asignatura, ya había dejado atrás el positivismo de sus primeros años y se había acercado a posiciones más idealistas en las que convivían las explicaciones lingüísticas con las literarias e históricas, lo que permitía mostrar un panorama, en palabras de Rafael Lapesa, más «integrador de la historia lingüística en una visión mucho más compleja de la historia colectiva de los pueblos, y de los móviles culturales, sociales y de prestigio individual que influían en la vigencia mayor de unas formas lingüísticas sobre otras» (Lapesa 1987: 126). Este acercamiento más amplio al estudio de lengua que Castro enseñaba en sus clases estaba en consonancia con las ideas que su maestro, Menéndez

¹⁹ AGUCM D-868.

Pidal, había puesto de manifiesto en su libro *Orígenes del español* que salió publicado en ese mismo año de 1926.

Para superar la asignatura los alumnos tenían que realizar, entre los meses de noviembre a abril, un trabajo por mes a partir de los temas que se les proponía. Además, debían superar un examen que constaba de una parte escrita y otra oral. La escrita consistía en la traducción y explicación de un fragmento de una de las obras que estaban en el programa, una transcripción fonética al dictado y redactar una composición sobre uno de los temas vistos en la clase. Por su parte, en el oral, el estudiante tenía que responder a dos preguntas y explicar uno de los contenidos del temario.

Por último, el programa contenía una bibliografía que resultaba muy útil al estudiante para seguir la asignatura y aprobarla. Entre los libros seleccionados por Castro, además de los textos literarios con los que se trabajaba en clase, había varios de sus compañeros del Centro, como la *Gramática histórica* de Pidal, el *Manual de pronunciación española* de Navarro Tomás, la edición de algunas de las obras de Alfonso X realizadas por Antonio García Solalinde, así como su traducción del libro de Meyer-Lübke. Entre los autores extranjeros se encontraba la *Linguistique romane* de Bourciez, la *Gramática histórica* de Hanssen, *La oración y sus partes* de Roberto Lenz y la *Gramática castellana* de Bello y Cuervo.

Nos podemos hacer una idea de cómo eran las clases de Historia de la lengua que daba Américo Castro gracias al testimonio de uno de sus mejores alumnos, Rafael Lapesa. Lapesa fue alumno de Castro en su último año de licenciatura, en el curso de 1926, el mismo en el que el profesor publica su programa de estudios.

Conocí a este maestro entrañable –recordaba Lapesa– en la Universidad de Madrid –entonces Universidad Central– en octubre de 1926, al empezar mi cuarto y último curso de la licenciatura en Letras. Él era catedrático de Historia de la Lengua Española. Estaba en la plenitud de la edad: recuerdo su mirada penetrante y viva, su barba institucionista, su porte elegante, su fogosidad y su envidiable energía (Lapesa 1987: 122).

En realidad, las clases no se daban en el viejo y destartalado caserón de la calle San Bernardo, donde estaba ubicada la Universidad, sino en las dependencias del Centro de Estudios Históricos, por entonces en la madrileña calle Almagro, donde algunos catedráticos, entre ellos Castro y Menéndez Pidal, daban sus lecciones gracias a una licencia especial que les otorgaba el Ministerio. En el aula de Lapesa eran muy pocos alumnos, nueve, de los cuales algunos, ya el primer día, abandonaron porque se marcharon a otras facultades en otras ciudades o porque se pasaron a otras secciones, sobre

todo a Historia. Finalmente quedaron siete, cuatro chicos y tres chicas. Las clases estaban inspiradas en los seminarios con los que se iniciaron los trabajos en el Centro de Estudios Históricos; tenían lugar en torno a una mesa a la que se sentaban los alumnos y el profesor, y, al igual que aquellos seminarios, consistían “en una explicación con diálogo, lecturas, comentarios y discusión. A veces esta obligaba a don Américo a levantarse de la mesa para coger libros del armario con el fin de convencer a algún Santo Tomás incrédulo que pudiera aparecer” (Lapesa 1987: 126). Los comentarios de texto que hacían eran “lingüísticos, literarios e históricos, ya versaran sobre pasajes de Berceo, de Juan Ruiz, de *La Celestina* o del *Quijote*” (Lapesa 1987: 126). Para superar la asignatura, Castro mandaba hacer trabajos a los estudiantes; el que pidió a Lapesa y sus compañeros consistía en “una comparación entre el estado lingüístico del castellano de Berceo y el del francés en la *Chanson de Roland*” (Lapesa 1987: 126). Lapesa recibió el trabajo corregido con una nota de su maestro:

Esto está muy bien, sí, pero usted no tiene en cuenta que nosotros seguimos entendiendo a Berceo, y que en Francia no se puede entender, como no sea con una formación previa muy grande, el francés del *Roland*; de modo que la lentitud de evolución del latín vulgar al castellano de Berceo se continúa en la lentitud de evolución de Berceo a nuestros días. ¿Por qué? (Lapesa 1987: 126).

Menéndez Pidal también estrenaba cátedra, la de Filología románica en los cursos de doctorado. Al igual que Castro, escribió un programa de la asignatura, aunque no tenemos constancia de que se llegara a publicar, porque el que se guarda en el Archivo de la Universidad Complutense es mecanografiado y sin fecha. Don Ramón comenzaba el curso con unas clases dedicadas a situar al alumno en el contexto histórico del periodo en el que se formaron las lenguas romances, con las invasiones germánicas y árabes, y cómo influyeron estos hechos en el desarrollo de las distintas lenguas. A continuación, dividía el curso en cuatro grandes bloques: uno dedicado a la fonética, otro a la lexicología, un tercero a la morfología y el último a la sintaxis.

En la parte de fonética se explicaba la influencia del acento, las vocales protónicas y postónicas, la triptongación de *e*, *o* en los distintos países, las vocales extremas *i*, *u*; la palatalización de la *a* en Galia y otros cambios de *a* acentuada; los diptongos del latín vulgar; vocales iniciales y finales. Por lo que respecta a las consonantes, se explicaban las consonantes y grupos iniciales, las consonantes interiores y las finales.

En el apartado de lexicografía, el programa proponía el estudio de la distribución de las palabras de origen latino en las diversas regiones; las

sustituciones operadas por el latín vulgar; palabras tomadas de otras lenguas, tanto de las indígenas de las regiones romanizadas como las introducidas a consecuencia de las invasiones; la formación de palabras a través de derivación, la distribución y empleo de los sufijos, la composición y los prefijos. También se abordaba la semántica con los principales cambios de significación.

Por lo que se refería a la morfología, se estudiaba el verbo, el infinitivo, las conjugaciones latinas y las de los romances, tiempos del presente, los presentes anómalos, tiempos de pretérito y el participio; el nombre con los sustantivos, las declinaciones en los romances, los neutros latinos, adjetivos y numerales; el pronombre con los personales, los demostrativos, posesivos, relativos e indefinidos.

La última parte del curso estaba dedicada a la sintaxis con el estudio de los grupos nominales, el artículo, el dativo indicando posesión, la desaparición del gerundio, la expresión de cantidad, los comparativos y los superlativos; a continuación se pasaba a la estructura de la frase, con el sujeto, el verbo y complementos y sus principales cambios, también se estudiaba el adverbio, la preposición y las nuevas partículas; por lo que se refiere al verbo se fijaba en los tiempos y perífrasis verbales, la pasiva, la reflexiva con sentido pasivo y tiempo y perífrasis con *habere*. Se terminaba el curso con el estudio de las formas de la frase: expidictiva, negativa, interrogativa, coordinación con las conjunciones usadas, subordinación, las de relativo y completivas, y las circunstanciales²⁰.

6. CONCLUSIÓN

Si nos hemos detenido en explicar el contenido de estos dos programas de las asignaturas de Historia de la lengua española y Filología románica de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid es para mostrar cómo fue entrando en la universidad española la enseñanza de los estudios lingüísticos con un carácter científico que hasta entonces no existía. Hemos de tener en cuenta que la enseñanza de la lengua española en la universidad pasó a formar parte de los planes de forma tardía, pues a lo largo del siglo XIX se había otorgado preferencia al estudio del latín, el

²⁰ Ramón Menéndez Pidal, Programa de Filología románica. AGUCM D-868.

griego o el hebreo, como recordaba Rafael Lapesa. Los estudios filológicos fueron creciendo en relevancia y convirtiéndose en una rama científica cada vez más importante. Lentamente se introdujeron nuevas disciplinas lingüísticas en el mundo de la investigación y en el académico. En poco tiempo, la filología se convirtió en España en una ciencia solvente, con un centro de investigación potente, como fue el Centro de Estudios Históricos, cuyos avances en diferentes disciplinas lingüísticas se trasladaron al mundo universitario con la creación de nuevas asignaturas que estudiaban realidades distintas de la lengua, como su historia con la creación de la cátedra de Historia de la lengua; su léxico, con la de Lexicografía; su fonética, con la de Fonética; sus variantes, con la de Dialectología, etc. El recorrido siempre era el mismo. Primero se producía la llegada de las nuevas metodologías científicas que los investigadores ponían en práctica en sus trabajos; en el caso español contaban con un lugar ideal para hacerlo como era la sección de Filología del Centro de Estudios Históricos. En esa sección los filólogos abrieron distintas líneas de trabajo ajustadas a los avances lingüísticos que se estaban produciendo, y empezaron a investigar en la historia de la lengua, en la lexicografía, en la fonética, en la edición de textos clásicos y literarios, etc. Con el tiempo, estas líneas de investigación ofrecían resultados en forma de proyectos, publicaciones, ya fueran manuales, traducciones o artículos en revistas especializadas, y se creaba la figura del especialista, es decir, una persona que se convertía en un gran conocedor de la materia y por tanto en voz autorizada. Con ello las nuevas metodologías científicas se fueron asentando. La universidad, una institución más anquilosada y por tanto menos sensible a las nuevas corrientes, era más reacia a abrir sus planes de estudio a las nuevas disciplinas, pero con la aparición de especialistas y de investigaciones solventes en nuevas realidades no le quedaba más remedio que hacerlo. Así fue como diferentes disciplinas científicas se convirtieron en cátedras universitarias y pasaron a formar parte de los programas de estudios de las distintas facultades.

Aquí hemos visto el caso de la historia de la lengua española. Otro ejemplo sería la cátedra de Fonética, que no se integró en los planes de estudios universitarios hasta 1931, con el plan Morente, y de la que se hizo cargo Tomás Navarro Tomás, que llevaba tiempo trabajando en el laboratorio de Fonética del Centro. Hubo que esperar al final de la guerra civil española de 1936 para que el resto de las materias se incorporasen como asignaturas a los planes universitarios. En pocos años, la filología pasaba de ser una disciplina única que abarcaba todos los aspectos del estudio de la lengua y la literatura a especializarse en diferentes disciplinas que permitían un estudio y una comprensión de mayor profundidad de ambas realidades.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALDRETE, BERNARDO DE. 1606. *Del origen y principio de la lengua castellana o romance que oi se usa en España*. Roma: Carlo Willieto.
- ALEMANY BOLUFER, JOSÉ. 1902. *Estudio elemental de gramática histórica de la lengua castellana*, Madrid: Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.
- ALONSO-CORTÉS, ÁNGEL. 2006. De los neogramáticos al tradicionalismo: evolución del pensamiento lingüístico de Ramón Menéndez Pidal. *Zeitschrift für romanische Philologie* 122(4): 688-705.
- ANDERSON, BENEDICT. 1991. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión de los nacionalismos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económico.
- CATALÁN, DIEGO. 1974. *Lingüística ibero-románica. Crítica retrospectiva*. Madrid: Gredos.
- CASTRO, AMÉRICO. 1924. *Lengua, enseñanza y literatura*. Madrid: Victoriano Suárez.
- _____. 1926. *Cátedra de Historia de la Lengua Española. Programa del curso de 1926 a 1927*. Madrid: Imprenta Casa Bernardo (AGUCM D-868).
- CERNY, JIRI. 2005. *Historia de la lingüística*. Cáceres. Universidad de Extremadura.
- COMMERLERÁN Y GÓMEZ, FRANCISCO A. 1889. *Gramática comparada de las lenguas castellana y latina*. Madrid: Agustín Jubera.
- FOUCAULT, MICHEL. 1968. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- HERVÁS Y PANDURO, LORENZO. 1800-1805. *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, enumeración, división y clases de estas según la diversidad de sus idiomas y dialectos*. Madrid. Real Arbitrio de Beneficencia.
- LAPESA, RAFAEL. 1987. Semblanza de Américo Castro. En José Jesús Bustos Tovar y Joseph H. Silverman (coords.). *Homenaje a Américo Castro*, pp. 121-134. Madrid: UCM.
- LÓPEZ-OCÓN CABRERA, LEONCIO. 2015. La dinámica investigadora del Centro de Estudios Históricos. En Pilar García Mouton y Mario Pedrazuela Fuentes (eds.). *La ciencia de la palabra. Cien años de la Revista de Filología Española*, pp. 19-53. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, JOSÉ MARÍA. 2006. *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*. Madrid: Marcial Pons / Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- MAYANS Y SISCAR, GREGORIO. 1737. *Orígenes de la lengua española*. Madrid. Juan de Zúñiga.
- MEYER-LÜBKE, WILHEM. 1914. *Introducción al estudio de la lingüística románica*. Traducción, notas y adiciones de Américo Castro. Madrid: Junta para Ampliación de Estudios. Centro de Estudios Históricos.
- _____. 1926. *Introducción a la lingüística románica*. Traducción, notas y adiciones de Américo Castro. Madrid: Junta para Ampliación de Estudios. Centro de Estudios Históricos.
- MENÉNDEZ PIDAL, RAMÓN. 1919. *Documentos lingüísticos de España I. Reino de Castilla*. Madrid: Junta para Ampliación de Estudios. Centro de Estudios Históricos.
- _____. 2005. *Historia de la lengua española*. Edición de Diego Catalán. Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal / Real Academia Española.
- MUGICA, PEDRO. 1891. *Gramática de castellano antiguo*. Berlín: Heinrich & Kemke.
- PEDRAZUELA FUENTES, MARIO. 2015. La modernización de los estudios filológicos en España: la sección de Filología del Centro de Estudios Históricos. En Pilar García Mouton y Mario Pedrazuela Fuentes (eds.). *La ciencia de la palabra. Cien años de la Revista de Filología Española*, pp. 55-89. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- _____. 2021. *El orden de las palabras. Orígenes de la filología moderna en España*. Madrid: Marcial Pons / Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

- PÉREZ PASCUAL, JOSÉ IGNACIO. 2015. Breve historia de la *Revista de Filología Española*. En Pilar García Mouton y Mario Pedrazuela Fuentes (eds.). *La ciencia de la palabra. Cien años de la Revista de Filología Española*, pp. 91-141. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- PORTOLÉS LÁZARO, JOSÉ. 1988. *Medio siglo de filología española (1896-1952)*. Madrid: Cátedra.
- ROBINS, R. H. 2000. *Breve historia de la lingüística*. Cátedra: Madrid.
- ZIELINSKI, ANDRZEJ. 2020. Sobre la importancia de la documentación notarial para la historia de la lengua española. El caso de las perífrasis deónticas con deber. *Studia Iberyystyczne* 19: 311-327. doi.org/10.12797/SI.19.2020.19.14